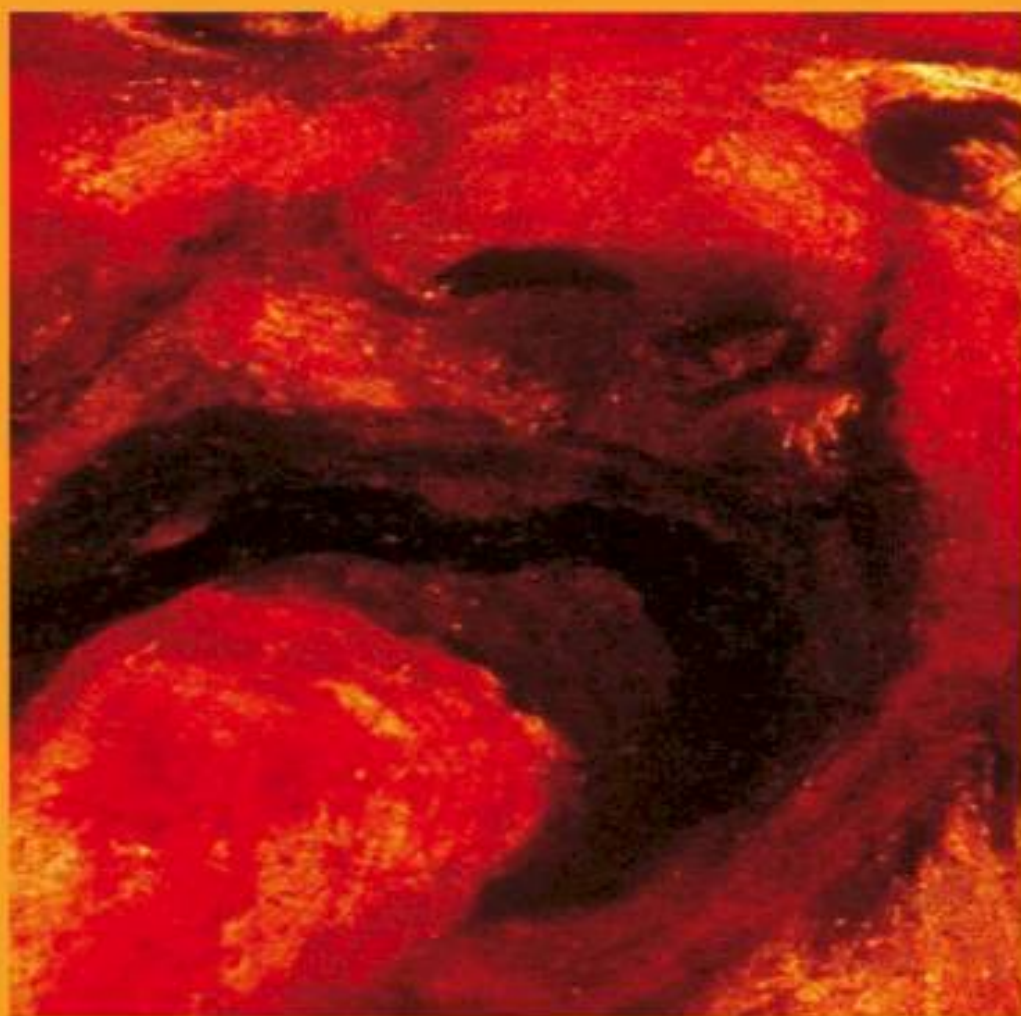


Risa roja

(Fragmentos de un manuscrito encontrado)

Leónidas Andreyev



Risa roja, que tiene su motivación inmediata en la guerra ruso japonesa de 1902, parte de ese hecho real para elevarse a las alturas de las visiones universales del genio profético. El autor empieza trazando unas escenas de horror bélico, de un naturalismo implacable, espeluznante y terriblemente veraz, y poco a poco va elevando el tono, hasta dar a sus descripciones grandeza apocalíptica de visión profética. Ya no es la guerra ruso japonesa; es la Guerra, la gran plaga de que hablan los libros sagrados, la gran locura universal que periódicamente acomete a los hombres.

El pesimismo de Andreyev no compensa el espanto de esos cuadros bélicos con ningún rosicler de posible esperanza, como suelen hacer los autores de los libros contra la guerra. El lector queda sobrecogido de un místico y pasivo terror ante esa risa roja, que todo lo llena con su color de sangre y a todo le comunica un sabor de sangre. Como artista del horror, muéstrase insuperable Andreyev en esas páginas, que, al describir una guerra que ante los progresos de la técnica destructora parece hoy elemental, resultan más impresionantes que cuantas se han escrito después de la gran conflagración mundial.

Nota a la edición

DE **Risa Roja** de Leónidas Andreyev en traducción de Rafael Cansinos Assens se han realizado hasta la fecha tres ediciones en forma de libro de papel, dos de la editorial Aguilar y una de Arca Ediciones. Aguilar lo editó por vez primera incluido en *Obras escogidas* de Leónidas Andreyev, Madrid, 1955. Posteriormente, Aguilar imprimió *Obras completas*, Madrid, 1969. Arca Ediciones hizo su edición en Madrid, en 2006, componiéndola a partir de la edición prínceps. Se corrigieron erratas evidentes de aquella primera edición y se ha normalizado la acentuación según las reglas de nuestros días. La edición digital se ha realizado a partir de la edición de 2006.

EXPOSICIÓN DE LEÓNIDAS ANDREYEV

por Rafael Cansinos Assens

La Vida

En su drama *Vida de hombre* parece haber presentado Andreyev, simbólica y proféticamente, su propia vida. Igual que el arquitecto protagonista de este drama, conoce su creador, tras las luchas, fracasos e ilusiones de los comienzos, unos años de gloria y esplendor meteóricos, para acabar, de un modo trágico y prematuro, en la oscuridad y la miseria. La vida de Andreyev es ella misma un símbolo amargo de la vanidad de las ilusiones literarias y, en general, de todas las ilusiones con que el hombre viene al mundo, y que si en un momento parecen lograrse, luego se desvanecen en la absoluta inanidad de las cosas humanas.

No conocemos, por lo demás, muy al detalle la vida del gran escritor; Andreyev no ha encontrado hasta ahora^[1] un biógrafo concienzudo y amoroso, como André Levinson^[2] y Edward Hallet Carr^[3], por ejemplo, lo han sido para Dostoyevski; ni tampoco la erudición oficial de su patria lo ha hecho objeto de estudio como los dedicados al mismo Dostoyevski y a Turgueniev, entre otros. Para trazar su contorno biográfico, solo contamos con su *Autobiografía*, que no alcanza sino al promedio de su vida, y bosquejos parciales e incompletos incluidos en obras de más amplio plan, como

la de Serge Perski: *Los maestros de la novela rusa contemporánea* (París, 1912^[4]). Una biografía por Máximo Gorki — rotulada con su nombre—, que registran las fichas bibliográficas^[5], en las actuales circunstancias de incomunicación en que nos hallamos^[6], resulta inasequible. Solo conocemos bien las líneas generales de la vida de Andreiev: su nacimiento en la pobreza de un hogar humilde, su infancia triste de huérfano, su juventud trabajosa y difícil, en que se señala un conato de suicidio frustrado; sus breves años de éxito internacional y su mísera muerte en una oscura aldea de Finlandia, que su antorcha fúnebre ilumina, como refugiado político, fugitivo de la revolución bolchevique, tan falto de todo recurso que ha de enterrarlo la caridad de sus convecinos. Solo estas líneas generales conocemos de la vida de Andreiev; y no tratemos de puntualizar pormenores, pues sus biógrafos circunstanciales discrepan en las fechas, sobre todo en la de su muerte, que unos sitúan en 1919^[7], otros en 1920 y otros aun en 1922. Lo que nada tiene de raro, pues los últimos años del escritor se pierden en la batahola de la gran revolución de su país, que envuelve en sangrientas brumas el horizonte ruso.

Lo que mejor conocemos de la vida de Andreiev es su infancia y su primera juventud. Sobre ese sector vital nos informa su *Autobiografía*, de la que todos sus biógrafos y prologuistas transcriben párrafos, pues en ella se encuentran las claves psíquicas de su creación literaria. Por esas páginas sinceras, sabemos que Leónidas Andreiev nació en Orël, patria chica también del gran Turgueniev, en 1871, de modesta familia burguesa. Su padre era topógrafo, y murió prematuramente, cuando el joven Leónidas cursaba en el colegio sus primeros estudios, con la ilusión de proseguirlos en la Universidad. La muerte del padre deja a la familia sin recursos y compromete esa ilusión del huérfano. Este, sin embargo, reacciona animoso contra ese contratiempo y marcha a Petrograd (entonces Peterburg) y se matricula en

la Universidad, con la esperanza de ganarse la vida y costearse los estudios dando lecciones, recurso habitual de los estudiantes pobres. Pero Andreyev no encuentra lecciones ni aun ofreciéndose en las condiciones más módicas, y pasa en la gran ciudad unos días terribles. «Durante mis primeros años en Peterburg —cuenta en su *Autobiografía*— pasé las moradas: muchas veces me estuve dos días sin probar bocado». Por aquella época, ya el poeta se había revelado en Andreyev, mal estudiante, indolente y soñador. Él mismo lo confiesa en su *Autobiografía* con donosa ingenuidad:

«Nunca fui —dice— un buen alumno; en la clase séptima fui todo un curso el último de la clase, y los profesores me ponían casi siempre malas notas por mi desaplicación. El tiempo más agradable que pasé en el colegio, y que aún ahora recuerdo con placer, era el de los intervalos entre las lecciones, durante los recreos, y también cuando los profesores, no con mucha frecuencia por cierto, me echaban de clase por falta de atención o respeto. En los largos corredores desiertos reinaba un silencio sonoro, que vibraba al rumor solitario de mis pasos; a uno y otro lado, puertas cerradas, de aulas, llenas de alumnos: un rayito de sol —un rayito libre— jugaba con el polvo levantado durante el recreo y que aún no se posara; todo aquello resultaba misterioso, interesante, henchido de un sentido especial y secreto».

He ahí ya apuntado en el niño esa actitud contemplativa, ese amor y temor exquisitos al misterio, que ha de ser luego fundamental y definitivo en el escritor.

Ahora bien: al verse en Peterburg solo, sin recursos, en un trágico desamparo, el estudiante pobre pide ayuda al escritor que lleva dentro. E intenta hacer alquimia con lo único que posee, el don literario, transmutando en oro su

propia miseria. Empieza tratando de elaborar en argumento literario su hambre, su hambre fisiológica, como antes y después de él lo han hecho otros (Knut Hamsun, el noruego, y Panait Istrati, el rumano, por ejemplo). Quiere gritar su hambre, clamarla patética, herir con aguijón de piedad los corazones de los hombres. Escribe cuentos en que el Hambre es el protagonista, y tiene ya rasgos de ese mítico Sar Golod que luego dibujará con todo su horroroso poder en el drama así titulado, y se los lleva a los directores de periódicos. Pero estos, ahítos y optimistas, encuentran de mal gusto y poco interesantes sus relatos y le devuelven sus manuscritos, a veces en forma brutal.

He aquí como él refiere uno de esos lamentables episodios:

«Yo lloraba como un niño —dice— al escribir aquellas páginas en las que había puesto todos mis sufrimientos, y aún estaba impregnado de esa aguda tristeza al presentarme con mi manuscrito en la redacción del periódico. Allí me lo tomaron, diciéndome que volviese dentro de unas semanas a saber la contestación. Volví, efectivamente, con el corazón aún encogido, comprimiendo mi angustia en la espera de la contestación. Y esta la tuve en forma de una gran carcajada del director, el cual, con todo desparpajo, me dijo que aquello que había escrito no valía un pitoche...».

Algo para echarlo al cesto de los papeles, trágico como el de la guillotina que recoge las cabezas de las ilusiones truncadas. Pero la miseria temple los caracteres como un clima duro. Andreyev sigue estudiando su carrera de Leyes, que por fin termina en la Universidad de Moscú. Allí la vida le resulta más fácil; los compañeros y el Comité de Socorro vienen en su ayuda. Pero, no obstante serle más fácil la vida, no deja de serle difícil, y sobre todo amarga, en lo refe-

rente a sus ilusiones literarias; tanto, que el joven Andreyev, harto de sufrir, decide, cual otro Chatterton, quitarse la vida.

«En enero de 1894 —confiesa en su *Autobiografía*—, me disparé un tiro de revólver, pero sin resultado apreciable, y lo pagué con una penitencia religiosa que me impusieron las autoridades y una enfermedad al corazón, poco peligrosa pero pertinaz. Durante ese período realicé otras dos tentativas literarias, tan infructuosas como las anteriores, y me dediqué con éxito a la pintura, por la que sentía afición desde la infancia; y hacía retratos de encargo, por los que cobraba de cinco a diez rublos...».

En 1897, Andreyev obtiene el título de abogado y se inscribe en el foro de Moscú. Actúa en un asunto de lo civil, que pierde, por cierto, en todas sus instancias, y defiende de oficio algunas causas de lo criminal. Al mismo tiempo hace de cronista de tribunales para un gran diario, *El Correo de Moscú*, y escribe folletos para otros periódicos.

Y, por fin, tras tanta lucha y tanto dolor, llega ese éxito literario que, tan bien pagado siempre, parece venir de bómbil y el escritor recibe como un regalo del Destino.

Son dos magníficas narraciones —*Silencio* (1900) y *Vivieron..., fueron...* (1901)—, publicadas en una gran revista petersburguesa, las que consagran al novel y le abren las puertas de redacciones y editoriales, rendidas al embate de esos dos formidables arietes. La suerte del escritor está ya decidida, y Andreyev cuelga la toga de abogado, que no le cae bien, y se consagra por completo a la literatura.

A principio del siglo es ya Andreyev un escritor notorio en su país, al que los viejos maestros, como el patriarca Tolstoi, y los nuevos, como Chejov, Gorki y Merechkovski, distinguen con su afecto y prodigan sus elogios alentado-

res. La fama de Andreyev va creciendo con el siglo. En 1902, la guerra rusojaponesa le inspira su *Risa roja*, esa impresionante página antibélica cuyo valor moral y literario reconoce, unánime, la crítica. Con esas presuntas memorias de un mutilado de guerra, de un enorme poder emotivo y una técnica en que se funden realidad y alucinación, Andreyev se granjea nota de escritor original, penetrante, que remueve la conciencia y los nervios de sus lectores, y ante cuyas obras no es posible permanecer indiferente. Hay en esa *Risa roja* un sensacionalismo, por decirlo así, del horror, que algunos encontrarán exagerado, pero a cuyo efecto no podrán sustraerse. Existen datos para pensar que el éxito de Andreyev fue acompañado de cierto escándalo, y su obra tildada de morbosa y deprimente. A ciertos señores Andreyev les crispaba los nervios. Pero el público seguía al escritor, sorprendido, fascinado por su arte, a un tiempo vigoroso y exquisito.

En 1908, el triunfo de Andreyev es completo. Sus *Siete ahorcados*, que por su argumento roza la actualidad revolucionaria —como que se inspira en las recientes ejecuciones de terroristas consumadas en Karsen—, hacen profunda impresión en el público, y su onda emotiva es tan poderosa que rebasa las fronteras de Rusia y en el mismo año se propaga al extranjero —a Francia, Alemania, España...—. Andreyev es traducido a lenguas europeas y es ya un escritor internacional, cuyas obras alternan en las bibliotecas, al lado de las de los grandes autores del día: Tolstoi, Gorki, Maupassant, Maeterlinck...

Su fama de novelista se acrece aún con *Saschka Yegulev* (1911), obra de *pathos* análogo a *Los siete ahorcados* y, como ella, relacionada con la terrible actualidad del terrorismo ruso. Al mismo tiempo, Andreyev, en pleno desborde de su genio, aborda la escena y produce dramas simbólicos, como *Vida de hombre* y *Anatema* y otros como *Anfisa*, *Yekaterina Ivanovna*, etcétera, de un tremendo realismo, que incorporan su nombre a los de los grandes dramatur-

gos europeos: Ibsen, Maeterlinck, Hauptmann, Sudermann... Al éxito literario corresponde el económico, y Andreiev, el antiguo hambriento, conoce la hartura en todas sus formas, goza del buen sabor de la vida, olvida sus días amargos, funda un hogar, viaja por el extranjero, pasa temporadas en Capri, isla de millonarios —donde Gorki restaura sus pulmones y calienta su frío ruso en el amable sol de Italia—, adquiere una finca en Terioki (Finlandia) y, dando por terminado el ciclo de sus desventuras, escribe su *Autobiografía*.

Ahora bien: hay que hacer constar que el éxito no altera lo fundamental del *pathos* de Andreiev, el cual, como escritor, sigue viendo la vida con los mismos ojos tristes de su infancia. Lo mismo su novela que su teatro son de un desolado pesimismo y reflejan yermas perspectivas de estepa. Dijérase que el trauma de su suicidio frustrado ha dejado en su alma resonancias inacallables, y que el escritor, herido por ella una vez, no acaba de reconciliarse con la vida, de tener confianza en esa voluble amada. Sutil auscultador del misterio, sensible con exceso a esas ondas espirituales que los más de los hombres no logran captar, parece que Andreiev presiente lo que va a venir, y siente ya en su rostro el soplo helado que va a apagar el simbólico cirio de su vida, que ahora brilla como un astro en su cenit.

Y el escritor no se equivoca. Llega el año 14, y todo va a cambiar. Un hombre, al parecer ajeno por completo a su vida y con el que nunca se ha cruzado, va a truncar, haciendo de Ananké, tan brillante destino y a nublar primero y apagar después ese cirio simbólico de la vida de Andreiev.

El káiser Guillermo, que va a hacer ópera wagneriana con música de cañones, lanza sobre la inerme Bélgica sus legiones de bárbaros rubios, ebrios de alcohol patriótico y luterano. La guerra, tanto tiempo incubada bajo el casco imperial, estalla finalmente; la risa roja ensangrienta el horizonte cual trágica aurora que corta los sueños de los pacifistas; el tronar de los cañones apaga las voces de pensados-

res y literatos; von Moltke, Ludendorff, relegan a segundo término, hacen olvidar a las grandes figuras literarias y aun la misma Literatura. ¿Qué hace Andreyev en esa Rusia militarizada, sacudida por el ímpetu bélico?... Ahora sabemos que el gran escritor, consecuente con sus ideales pacifistas, había fundado en Peterburg un periódico, redactado por él solo, en el que, a riesgo de granjearse fama de mal patriota, levantaba su voz, secundando los nobles esfuerzos de Romain Rolland por humanizar al menos esa guerra inhumana. Pero Romain Rolland hablaba al mundo desde la neutral Suiza y su verbo podía llegar a todas partes, mientras que el de Andreyev no salía de su Rusia bloqueada.

Fue luego, terminada la guerra, en los días del armisticio, cuando, entre el aluvión de noticias sensacionales que nos llegaban de Rusia —caída del zarismo, revolución bolchevique—, conoció el mundo la tragedia de Andreyev. Huido de su patria, muerto en la indigencia absoluta en una oscura aldea de Finlandia. Así había terminado el gran escritor de fama universal, de alma sensible y generosa, enemigo por naturaleza de toda tiranía, el autor de *Los siete ahorcados*, el amigo de Gorki y de todos cuantos en Rusia luchaban por la libertad del pueblo, el hombre que había lanzado libros como bombas.

¿Cómo había podido ser eso? ¿Andreyev, barrido por la revolución rusa como cualquier burgués de mentalidad reaccionaria? Pues muy naturalmente, sin embargo, y esa fue la tragedia íntima del escritor, que, amante del pueblo, no podía sentir como él, pues pertenecía a la casta aristocrática del pensamiento, y hasta por estética repugnaba los horrores de una revolución demagógica. Ante la dictadura del proletariado, su espíritu independiente, individualista, sublevábase como ante la dictadura zarista. Se sentía amenazado por ella en su valor esencial de hombre, de ser humano, en su riqueza espiritual, y tenía que adoptar la actitud de un burgués del pensamiento. Su conflicto íntimo era

el mismo que se le hubiera planteado a un Dostoyevski y que también se le planteaba a Merechkovski.

El trauma de la revolución descubría el verdadero fondo de su conciencia y deshacía el equívoco de su obra, ambiguamente revolucionaria. El terrorismo para él sólo había sido un motivo literario. Y ahora el escritor, aterrado ante el triunfo de ese terrorismo, reacciona como cualquier burgués, toma partido por Kerenski contra Lenin, y cuando este triunfa, redacta un manifiesto antibolchevique, que circula clandestinamente por Rusia y libremente por el extranjero, causando sensación. Se convierte en un elemento peligroso y las autoridades lo destierran a Valmein. Andreyev intenta entonces salir de Rusia y escribe a su editor norteamericano Herman Bernstein rogándole que le gestione un pasaporte. Así las cosas, estalla cerca de su casa una bomba, y Andreyev, que, como sabemos, es un cardíaco, sufre tal impresión que se agrava en su dolencia. Ya no hay tiempo de aguardar el resultado de las gestiones de Bernstein; hay que huir en seguida de Rusia, perdiéndolo todo, si se quiere salvar la vida. Merechkovski ha logrado refugiarse en Alemania; Andreyev, con su mujer y sus hijas, sale disfrazado de Rusia y se acoge a la Finlandia próxima. Allí, en una pequeña aldea, vive aún (¿dos, tres años?), enfermo, pobre, incomunicado con sus editores, bloqueados sus fondos, y muere, al fin, en una miseria comparable a la de sus primeros tiempos. Extínguese la llama de su cirio vital. Se ha cumplido el ciclo de la vida del hombre, y el Destino suelta su brutal carcajada. El telón cae sobre la vida y la obra de Leónidas Andreyev^[8].

Risa roja, que tiene su motivación inmediata en la guerra ruso japonesa de 1902, parte de ese hecho real para elevarse a las alturas de las visiones universales del genio profético. El autor empieza trazando unas escenas de horror bélico, de un naturalismo implacable, espeluznante y terriblemente veraz, y poco a poco va elevando el tono,

hasta dar a sus descripciones grandeza apocalíptica de visión profética. Ya no es la guerra ruso-japonesa; es la Guerra, la gran plaga de que hablan los libros sagrados, la gran locura universal que periódicamente acomete a los hombres. Es la risa roja de los demonios o de los dioses. Un ambiente de alucinación pesa sobre aquellos combatientes, insomnes, extenuados y famélicos, que llegan a olvidar la razón de su lucha y siguen luchando como autómatas, movidos por una voluntad misteriosa y cruel, rodeados de muertos y charcos de sangre. Y en ese ambiente de irrealidad, la alucinación surge en el cerebro del protagonista y crea el mito. ¡La risa roja! Todo ríe a su alrededor con esa risa roja sádica, sarcástica, que se burla del dolor humano y se goza en él. ¿Quién ríe de ese modo? ¿Qué ser misterioso es ese que así se complace en torturar a los hombres? El pobre combatiente, presunto redactor de estas páginas, no ve más que esa risa que, cual rojo celaje, cubre todo el horizonte. La ve en el campo de batalla, la seguirá viendo luego también en su hogar, cuando, perdidas ambas piernas, lo devuelven a la retaguardia; la verá ya siempre, hasta que enloquezca y muera. Pero entonces la seguirá viendo su hermano, su hermano que no fue a la guerra, pero al que el mutilado contagia su obsesión. La risa roja es ubicua y sutil, se filtra por todas partes, enloquece a los hombres, se mofa de sus ensueños pacifistas y los vuelve fieras rabiosas e implacables. Es una crisis de locura periódica que ataca a la Humanidad y ante la que no cabe más que esperar a que pase. Impotentes serán todos los esfuerzos de la razón, todas las predicaciones de los pacifistas para conjurar esa ve-sanía colectiva. Contra la risa roja no hay defensa. Es algo fatal, cuyo secreto pertenece al Destino.

El pesimismo de Andreyev no compensa el espanto de esos cuadros bélicos con ningún rosicler de posible esperanza, como suelen hacer los autores de los libros contra la guerra. El lector queda sobrecogido de un místico y pasivo terror ante esa risa roja, que todo lo llena con su color de

sangre y a todo le comunica un sabor de sangre. Como artista del horror, muéstrase insuperable Andreyev en esas páginas, que, al describir una guerra que ante los progresos de la técnica destructora parece hoy elemental, resultan más impresionantes, por el *pathos* de su autor, que cuantas se han escrito después de la gran conflagración mundial, incluyendo *El fuego* de Barbusse. Solo puede comparársele esa otra del propio Andreyev, *El káiser y el prisionero*, en la que describe los horrores de Bélgica invadida por las tropas germánicas. También allí percibimos el espanto de esa risa roja y aspiramos el olor y el sabor de la sangre, en una retaguardia llena de hospitales atestados de heridos. Y en ese diálogo entre el káiser Guillermo y un prisionero belga (un ruso emigrado por razones políticas), que subraya el fragor de la artillería alemana, el autor, por boca de los interlocutores, expone otra vez su pesimismo trascendental respecto de la fatalidad inevitable de la guerra como fenómeno biológico incluido en lo que Nietzsche llamó «lucha por la vida y el dominio». Los hombres lucharán siempre entre sí como luchan los elementos en la Naturaleza. *Omnia secundum litem fiunt*, dijo ya Lucrecio parafraseando a Heráclito. «La guerra —dice el káiser, desarrollando con arrogante cinismo las teorías de von Bernhardt— es un efecto de la ley natural de selección, que tiende a sustituir al débil y viejo por el fuerte y joven; un proceso biológico de depuración y renovación, algo así como una operación de alta quirurgia. Luchan los hombres y luchan las ideas», proclama el káiser. Y con una lógica irrefutable, recuerda a su interlocutor que también él ha sido un luchador político y ahora mismo estaba luchando como voluntario en las filas belgas. Y ante ese argumento, el ruso pacifista no tiene nada verdaderamente válido que contestar. La risa roja —de los demonios o de los dioses— seguirá siempre ensangrentando periódicamente la tierra. Es tremendo, pero probablemente es verdad.

PARTE PRIMERA